

---

# EL ESPACIO Y SUS SIMBOLOS: ANTROPOLOGIA DE LA CASA ANDALUZA

Francisco Sánchez Pérez

Universidad Complutense de Madrid

---

**RESUMEN.** Partiendo de planteamientos teóricos propios de la semiótica, y teniendo como referencia empírica la arquitectura andaluza, se aborda aquí el espacio como un lenguaje susceptible de ser analizado e interpretado desde una perspectiva antropológico-cultural. Dicho lenguaje expresa material y simbólicamente esquemas cognitivos que hacen referencia al modo en cómo el ser humano concibe y representa su universo organizativo y mental dentro del contexto cultural andaluz. Para acceder al contenido del discurso arquitectónico se busca identificar los códigos que estructuran la gramática espacial, mediante el análisis de la morfología, la sintaxis, la retórica y la semántica, tanto desde una dimensión sincrónica como diacrónica.

No siempre es posible encontrar una frase que condense en pocas palabras la esencia de todo un discurso como lo hace la que define a la arquitectura como «el arte de escribir en el espacio», pues alude al tema que es objeto de atención de este ensayo —una aproximación al espacio simbólico de la casa desde la perspectiva antropológica— y, al mismo tiempo, plantea el modo en que aquí se hace, al presuponer una concepción semiótica de la arquitectura<sup>1</sup>. Aceptadas estas premisas, cabe considerar que un templo

<sup>1</sup> En lo que a la consideración semiótica de la arquitectura se refiere, sigo las líneas teóricas generales planteadas por Umberto Eco en su libro *La estructura ausente* (pp. 323-389). Y, respecto a la perspectiva antropológica, resulta obvio señalar que este trabajo se encuadra dentro de la definición de la cultura como ciencia semiótica, que ya iniciara Max Weber y que posteriormente fuera desarrollada por Lévi-Strauss y, más recientemente, aunque con planteamientos distintos, por Clifford Geertz.

budista, un poblado de palafitos, los hábitats flotantes del lago Titicaca, el fascinante plano de la ciudad de Brasilia o el barrio de la Défense, de París, no son sólo configuraciones arquitectónicas o urbanísticas de carácter funcional, sino también sistemas semióticos que expresan formas de organización social, ideas y valores culturales. Y no solamente la arquitectura adquiere este carácter de lenguaje, sino, asimismo, cualquier otro tipo de configuración espacial, incluidas las no materializadas, tal que una agrupación de jaimas en un oasis del Sahel, una pelea de gallos en la ciudad de Lima, la celebración de una boda musulmana, la romería del Qollor Rity, celebrada a cinco mil metros de altura, junto a un nevado en la cordillera andina, una coreografía de danza de Martha Graham o la fiesta de San Joan en Menorca: todas ellas son expresiones igualmente susceptibles de ser consideradas como lenguajes que aluden a diferentes universos organizativos y mentales. Y, claro está, si la arquitectura es el arte de escribir en el espacio, el alarife de los textos no es otro que la cultura, por lo que habrá de ser en ella en donde busquemos las claves principales para poder interpretarlos.

## I

Si nos atenemos a las configuraciones materializadas, es decir, a la arquitectura en un sentido amplio, la primera cuestión que se plantea es la siguiente: ¿cómo algo que en principio parece no tener otra naturaleza que la exclusivamente utilitaria puede ser considerado como una trama de significación cultural? o, dicho de otra manera, ¿hasta qué punto una metrópoli, un barrio, un poblado o una simple vivienda adquieren, además del evidente carácter funcional, dimensión simbólica?

Semejante cuestión se me planteó por primera vez durante un trabajo de campo que estaba realizando en la serranía de Ronda<sup>2</sup>, cuando me encontraba visitando un cortijo deshabitado, olvidado de la atención de sus propietarios. Según las premisas teóricas anteriormente expuestas, en la configuración de aquel edificio debía estar implícito un esquema organizativo y mental que habría dado sentido a su particular ordenamiento, a la forma en cómo se habían distribuido sus distintos espacios constitutivos, y me cuestionaba si era todavía posible recuperar siquiera algunos retazos de dicho esquema, perdida la posibilidad de observar y hablar con quienes lo construyeron y lo vivieron. Casi nada quedaba en él que me sirviera de indicio para reconstruir pasadas escenografías, cuyos argumentos parecían haberse desvanecido definitivamente en el tiempo. Los restos de una silla

<sup>2</sup> El material empírico de este ensayo va a estar referido a los trabajos de campo que he realizado en la serranía de Ronda, en Málaga. Un más extenso material etnográfico sobre el tema que aquí se trata puede encontrarse en mi libro *La liturgia del espacio*, centrado en el estudio de un pueblo de dicha región.

de enea desvencijada en uno de los cuartos de abajo, una jofaina carcomida por la herrumbre y unas cantareras apolilladas se me ofrecían como los últimos estertores apenas perceptibles, incoherentes, del viejo caserón, ya casi cadáver descarnado, sin músculos ni nervios que le permitieran siquiera balbucir algún mensaje con el que romper el inexpressivo rictus que el abandono había dibujado en su semblante. Me cuestioné si había perdido para siempre la posibilidad de sonsacar algunos de los significados impresos en la grafía de sus muros, de sus vanos, de sus dependencias. Supongo que, incitado por una sensación parecida a la que en aquel momento sentía, mi mente evocó el archivo de la torre de la catedral de Málaga, en donde pocos días antes, tras varias horas de esfuerzo para descifrar un legajo del siglo XVI, acabé por convencerme de la enorme dificultad que entrañaba para mí arrancar ideas claras de aquel papel carcomido. Tras varias horas de esfuerzo desistí. Pero no así de ensayar una aproximación interpretativa al discurso arquitectónico implícito en el cortijo abandonado, pues, aun sin disponer de la fuente de información de las propias personas, una vez que tuve en mis manos las herramientas teóricas que me ofrecía la semiótica, pude bosquejar algunos fragmentos de su argumento.

Roland Barthes decía que todo uso se transforma en signo en el momento en que éste tiene un carácter social<sup>3</sup>, lo que equivale a afirmar que todo ordenamiento espacial ha de adoptar los códigos necesarios para que pueda ser utilizado; no siendo así, pierde funcionalidad y, por consiguiente, sentido. Como corolario: toda configuración arquitectónica puede ser abordada desde una perspectiva sociocultural en tanto que plano significante. En modo alguno es la arquitectura solamente el resultado de factores materiales, por más que éstos juegan muy fuertemente como condicionantes, pues en todo diagrama espacial subyacen estructuras simbólicas que hacen referencia a modos de vivir y de entender la realidad, a la que, a su vez, también conforman.

No nos enfrentamos, pues, con textos crípticos ni herméticos cuando abordamos paisajes arquitectónicos o urbanísticos. En última instancia, está implícito en todos ellos un elemental esquema ordenador que, tal y como propugnó la antropología estructural, tiene carácter universal. Me refiero, claro está, a los sistemas de clasificaciones binarias basados en dicotomías tales como arriba/abajo, dentro/fuera, cerca/lejos, cerrado/abierto, que pueden servir como punto de partida para identificar un primer plano significativo del sistema espacial observado. Bien es verdad que tal planteamiento no nos permite acceder sino a un nivel semántico muy elemental, de manera que una gran parte de la singularidad y la densidad discursiva se nos escapa; mas no por ello hemos de obviarla, pues tales esquemas dicotómicos constituyen los ejes fundamentales que ordenan el espacio en tanto que forma expresiva de toda cultura. En el momento en que se construye

<sup>3</sup> Roland Barthes (1964b).

una vivienda o a medida que se va conformando un hábitat concreto, inevitablemente se plasma en ellos un plano cognitivo.

A diferencia del escultor, cuya libertad creativa está condicionada teóricamente por el tipo de materiales que utiliza, por los límites de su imaginación y las leyes de la física, el constructor ha de someterse, además, al imperativo funcional —y, consiguientemente, de significación— con el que ineludiblemente debe estar provisto todo ordenamiento arquitectónico, lo que confiere a su obra una dimensión simbólica consustancial a la propia naturaleza de la misma. Aunque tanto el escultor como el arquitecto crean formas en el espacio, tiene el segundo que aplicar los códigos de utilización que imperan en el ámbito en el que ejecuta su obra. Y no puede ser de otra manera, pues lo que permite el uso de la arquitectura no solamente son las funciones posibles, sino, sobre todo, los significados vinculados a ella, que predisponen para el uso funcional<sup>4</sup>. Significados que no sólo hacen referencia al sustrato más elemental de la mente humana, sino también —y ellos son los que aquí interesan— a los más particulares y relativos de cada contexto cultural. Es, pues, a ese plano de significación implícito en toda expresión arquitectónica al que tenemos que acceder para intentar recuperar, si no todo, pues hay aspectos de la cultura que escapan a esta forma de expresión, al menos a una parte del discurso ideológico impreso en él.

De modo que ni la ausencia de moradores, que con ayuda de sus testimonios o mediante la observación de sus comportamientos me transmitirán alguna información sobre aquel cortijo abandonado, ni la falta de esos otros lenguajes que son el mobiliario y los elementos decorativos me hurtaban la posibilidad de intentar un bosquejo, por escueto que fuera, de su plano semántico. ¿Era acaso demasiado aventurado inferir del grueso y la constitución de sus muros un deseo de perdurabilidad? Sin duda, desde un punto de vista técnico y material, un esfuerzo mucho menor del que se empleó al hacerlo hubiera bastado para mantenerlo en óptimas condiciones a lo largo de la vida de quienes lo fueran a habitar, y, sin embargo, no sólo aquel cortijo, sino cualquiera de las otras casas del lugar, ha sobrevivido de largo a la generación que las habitó por primera vez. La pretensión de permanencia en el tiempo es, así, patente.

Claro que a esto se puede argumentar que son razones de carácter económico las que determinan el hecho de que una casa trascienda el curso de una generación. Y seguramente que las hay, dada la natural tendencia a rentabilizar los esfuerzos realizados. Pero sucede que ello entra en contradicción con el hecho de que es muy rara la vivienda que sobrevive en su concepción original más allá de dos generaciones sucesivas. A lo que también cabría responder que la infraestructura material y técnica no posibilita una más larga existencia. Precisión que, a su vez, puede ser igualmente rebatida, si tenemos en cuenta que, de ser válida, la iglesia parroquial, cuya planta

<sup>4</sup> Eco (1981) [1968], p. 328.

data de la época musulmana y que fue construida en base a la misma infraestructura material —e incluso más deficiente que la empleada en años posteriores—, se ha venido manteniendo prácticamente sin modificaciones durante cinco siglos. Bien es cierto que ello se ha logrado a base de realizar periódicas revisiones de albañilería e incorporando avances técnicos; pero de igual manera podía haberse procedido con cualquier casa y, sin embargo, ninguna de ellas ha alcanzado a albergar a más de tres generaciones completas. Y es que, además de los condicionamientos económicos y materiales, concurren factores de carácter ideal que inciden en la duración de un edificio. Obviamente, la dimensión simbólica que tiene la iglesia difiere sustancialmente de la de una casa. Aquélla hace referencia a un universo simbólico que se ha venido manteniendo más o menos inalterado desde que fuera instituida como tal: el religioso, por lo que apenas han sido necesarias algunas modificaciones en su estructura material para que siguiera expresando a través de su arquitectura un discurso coherente. Un discurso que, al no verse afectado en sus planteamientos fundamentales en los últimos cinco siglos, ha permitido la necesaria correspondencia entre sus planos semiótico —el arquitectónico— y semántico —el ideológico—, no siendo hasta que se produce un notable cambio en uno de los dos planos cuando se hace imprescindible la modificación y adaptación del otro, con el fin de mantener la necesaria coherencia simbólica.

No ocurre lo mismo con la casa. Siendo la familia nuclear el referente que la significa, la asociación semántico-temporal entre aquélla y ésta es mucho más limitada, no llegando a alcanzar generalmente más allá del ciclo completo de dos generaciones. Dado que el sistema de sucesión imperante en la región prescribe la igualdad entre todos los hijos e hijas, cada unidad familiar acaba reproduciéndose en tantas otras como vástagos hay, todas y cada una de ellas con el mismo estatus jurídico y social. Paradójicamente, esta lógica sucesoria, que ordena la dimensión temporal de la estructura familiar, entra en contradicción con la estructura física de la casa. No sucede, pues, como en los sistemas de parentesco que se articulan en torno a un linaje o un heredero único, en los que la casa solariega supone un referente emblemático de mayor trascendencia temporal que la de la casa andaluza. En los sistemas unilineales, la lógica cronológica implícita en la vivienda responde a un principio distinto, basado en la necesidad de dotar de un mismo sustrato material de identificación a un máximo número de generaciones. Esta pretensión confiere al edificio una proyección simbólico-temporal más amplia que la que sirve de marco físico al tipo de sucesión imperante en Andalucía. Del modo en cómo están concebidas y estructuradas aquí la vivienda, por un lado, y la familia, por otro, la primera no necesita más de dos generaciones para que su configuración mantenga su sentido original; es decir, el tiempo que la unidad familiar tarda en reproducirse a sí misma como entidad autónoma. De hecho, y valga ello como prueba de lo que aquí digo, son muy pocas las casas que albergan a más de dos gene-

raciones seguidas, y las que lo hacen han sufrido decisivos cambios en su morfología.

En la compartimentación de la vivienda se refleja el orden estructural de la familia: por una parte, está el dormitorio de los cónyuges; por otra, los de los hijos, uno para cada sexo. Mientras persiste este orden, en tanto que los hijos e hijas permanecen solteros, el discurso arquitectónico mantiene su coherencia. Llega, sin embargo, el momento en que la unidad familiar se va desintegrando con el sucesivo matrimonio de los hijos, lo cual se produce, por un lado, atendiendo a la norma imperante de que cada uno de ellos ha de conformar un nuevo núcleo de parentesco, independiente de los restantes y respecto de los progenitores; por otro, teniendo este proceso a la casa como sustrato material y simbólico de referencia. Todos y cada uno de los hijos tienen potencialmente el derecho y la obligación de constituir una unidad familiar como la que en su momento formaron los padres; pero el marco arquitectónico en el que esto empieza a producirse no cuenta en su concepción morfológica con ello. Tratándose dicho marco físico de la cristalización de un esquema organizativo y mental concebido más desde una perspectiva sincrónica que diacrónica, ello dificulta el normal curso de la sucesión. Consecuentemente, se han de generar tensiones producidas por la falta de sincronización entre la estructura significativa —la casa— y la estructura semántica que genera la ideología del parentesco, distorsionando de esta manera la imprescindible eficacia simbólica. El imperativo de mantener el orden familiar establecido, de una parte, explícito en la rígida compartimentación de los espacios interiores, obligadamente ha de chocar con el hecho de que la reproducción de la familia nuclear tenga que llevarse a cabo en un contexto material que, en principio, está concebido para impedir cualquier posible trastocamiento de dicho orden. Por consiguiente, la transición de una generación a otra ha de estar marcada, si no en todos los casos por litigios, al menos por un cierto grado de conflictividad latente. La estructura constitutiva de la vivienda no cuenta con la posibilidad de que en ella convivan dos núcleos de parentesco, pues en el plano simbólico aquélla adquiere su máxima coherencia y nitidez cuando la estructura familiar y la espacial se corresponden lo más fielmente posible. Una prueba empírica irrefutable de que esto es así la tenemos en el hecho de que en ninguna de las novecientas viviendas censadas en uno de los lugares donde realicé trabajo de campo convivían dos núcleos de parentesco completos, ni colaterales ni generacionales.

Cabe plantear que un solo núcleo familiar confiere por sí solo ese factor de semantización necesario para dotar de sentido propio a un edificio, pudiendo prescindir absolutamente de la segunda generación. Cosa cierta, y aquí es donde hay que recurrir al argumento económico para explicar el que generalmente toda vivienda albergue a dos generaciones. Se trata, así, de aprovechar por uno de los herederos una parte del patrimonio. Pero no se puede por ello hablar de continuidad simbólica de la casa: en consecuen-

cia con el principio igualitario que ordena la sucesión y la herencia, la segunda generación de moradores renueva la identidad de la vivienda, toda vez que sólo es uno de los cónyuges —el varón o la mujer— quien mantiene el nexo con la unidad familiar que los precede, y el mismo no representa sino una parte alícuota del apellido familiar; pero es que, además, el otro cónyuge que se incorpora a la casa también se constituye en factor de significación de la misma, de manera que si bien no se puede hablar de una ruptura total, en líneas generales, la identidad de la casa se renueva cada vez que una generación la habita.

## II

Y si de semántica de la vivienda hablamos, cómo no hacer referencia en este análisis a la morfología. En uno de los costados del edificio, el que está fronterizo con la calle, se encuentran los espacios comunes, en donde tienen lugar las relaciones intra y extrafamiliares. Se trata de la dependencia —o dependencias— de estar y de recepción que, en función del rango de la vivienda, o bien dan a la calle directamente o, como es el caso de las de mayor tamaño, se interponen entre ambos espacios una o dos piezas de transición. Por otro lado, en el costado opuesto a la calle, al fondo del patio trasero, se encuentran los espacios destinados para el ganado (cerdos, cabras, gallinas, conejos y mulos), hasta hace unos años era también el lugar del estercolero, y donde asimismo hay un pequeño huerto. Entre un extremo y otro, es decir, entre el espacio más externo y el más interno de la casa, se encuentran el comedor, la cocina y el patio, en la planta baja, y los dormitorios y el cuarto de baño en la de arriba. Independientemente del tipo de vivienda al que hagamos referencia, en todas ellas vamos a encontrar estos espacios constitutivos, consistiendo las diferencias entre unas y otras en la mayor especialización de funciones de las más grandes.

Pues bien, puesto que toda morfología necesita de una sintaxis que dote de lógica al texto arquitectónico, veamos la relación que guardan los citados espacios para intentar identificar su estructura. Para empezar, hay un principio organizador manifiesto en el alejamiento y oposición de los espacios colindantes con la calle, de un lado, y por el corral, la cuadra y el huerto, de otro. Uno y otro extremo se constituyen en los ejes principales que componen el orden sintáctico de este texto arquitectónico que es la casa, configurando así uno de los planos de su estructura simbólica. Esta particular morfología revela una voluntad de distanciar al máximo el espacio asociado con los animales y el relacionado con lo social; es decir: el ámbito de la naturaleza y el de la cultura. Una idea de naturaleza, por un lado, que, si bien domesticada, pone de manifiesto el sustrato biológico de la institución familiar y, por el otro, una idea de cultura identificada con la noción de lo social; ambas ideas ocupan los vértices opuestos del discurso

ideológico relativo a la familia. De esta manera, encontramos inscrito en el espacio una forma de concebir lo humano: su doble naturaleza, animal y social, así como el que entre una y otra se encuentra, cual eslabón transitivo, la familia, por medio de la cual se pasa de la primera a la segunda, y en la cual convergen naturaleza y cultura.

Si hacemos una lectura secuencial del texto arquitectónico descrito anteriormente, en sentido de fuera adentro, o sea, de la calle al corral, encontramos en primer lugar un espacio de transición, configurado en las casas más pequeñas en el quicio de la puerta, y por un portal de entrada y otro que sirve de distribuidor al resto de las dependencias, en las casas grandes. Desde aquí se puede acceder más al interior en dos sentidos, bien adentrándose a la pieza —o piezas— de estar, de recepción-comedor y cocina, o bien subir las escaleras que llevan a los dormitorios y al cuarto de baño. Se trata de segmentos de la vivienda que, aunque son consecutivos a los espacios de paso en el plano arquitectónico, no así en el plano semántico. En éste los dormitorios están más alejados que las dependencias comunes de la primera planta, distanciamiento que se ha plasmado en la intermediación de la escalera para acceder a los primeros, en tanto que para los segundos basta con franquear una puerta. Como pone de manifiesto la disposición dicotómica arriba/abajo, se trata de ámbitos no compatibles y, en cierto modo, antitéticos: el primero es de uso exclusivo a los miembros de la familia, a la cual definen en expresión material; el segundo está más abierto al exterior.

Hay, sin embargo, dos piezas —el cuarto de baño y la cocina— que, a pesar de las distintas funciones que tienen, mantienen algo en común, y que responde a la lógica estructural de la vivienda. Aunque cada una en su nivel, ambas están situadas dando al patio, mediante una ventana el baño y a través de una puerta la cocina. ¿Qué es lo que está indicando esta disposición? Por un lado, la analogía de significados con las que están connotadas y, por otro, la similar posición que mantienen con respecto a los márgenes extremos, la calle y el corral. Se trata de dos espacios que se pretenden alejar tanto en la esfera de lo social como de lo natural. ¿Y qué es lo que las hace análogas? En primer lugar, las funciones para las que están destinadas, íntimamente relacionadas con las necesidades fisiológicas del cuerpo: la higiene y la alimentación; en segundo lugar, la posición de intermediación entre el estado de naturaleza y el de cultura. ¿Qué hay entre estas piezas y el exterior? Los dormitorios, junto al baño, y el comedor, junto a la cocina; o, lo que equivale a decir, los espacios en los que se pone de manifiesto la dimensión social de las correspondientes funciones biológicas: arriba, el lugar donde tiene lugar la sexualidad de la pareja —actividad que participa de lo biológico y de lo cultural—, y abajo, donde en el acto natural de alimentarse está igualmente presente la cultura en los rituales de comensalidad.

Mas no vayamos a deducir de lo dicho que, estando la familia localizada

en una situación espacial intermedia entre el ámbito natural y el social, mantiene, asimismo, una posición semántica equidistante de uno y otro flanco. De la propia configuración arquitectónica podemos inferir una mayor identificación de aquélla con la esfera social: todas las piezas relacionadas con cualquiera de las actividades familiares exclusivas de sus miembros están localizadas en el bloque de la casa, contiguas a las piezas de recepción cuando las hay, o bien integradas en las mismas estancias de reunión, en tanto que con respecto al corral media, primero, un trozo de patio y, después, si lo hay, el huerto. De esta manera, si bien la familia se concibe y representa a sí misma a través del discurso arquitectónico como nexo de transición entre el estado de naturaleza y el de cultura, al mismo tiempo deja constancia en el mismo discurso de su mayor adscripción al segundo que al primero. Aunque no niega su sustrato biológico, haciéndolo formar parte de su propia identidad, se aleja al máximo de él, colocándolo en el punto opuesto al espacio social, que aparece integrado en la vivienda propiamente dicha en los espacios de recepción colindantes con la calle.

Y, situados ya en los márgenes de la morada, no los vamos a extralimitar todavía, ya que en ellos encontraremos las claves para entender los significados contextuales de la casa en tanto que parte de la realidad que la engloba. Para tal fin, adentrados en la gramática arquitectónica por las puertas de la morfología y la sintaxis, vamos a abrir ahora la de la retórica, ese arte de la persuasión y la seducción para convencer, y del que, como tal lenguaje que es, también se vale la arquitectura. Ni que decir tiene que el plano de la retórica arquitectónica lo encontramos en la ornamentación.

La fachada de la casa señorial ocupa dos plantas (tres si hay desván), en la que aparece una gran puerta de doble hoja, de madera tallada, cuyos dintel y jambas están enmarcados en piedra o mármol o bien pintados con un color distinto al resto de la fachada. A un lado y a otro de la puerta principal de entrada se abren dos grandes ventanales protegidos por unas verjas de hierro forjado, en cuyo alféizar hay varias macetas con flores. En el piso de arriba, encima de la puerta, puede haber un mirador y, a sus flancos, alineados verticalmente con las ventanas de abajo, dos balcones saledizos. Aunque la pared puede estar encalada de blanco, para este tipo de casas se suele añadir a la cal un tinte pajizo que las distingue del resto de las viviendas, casi todas pintadas de blanco. Ya dentro del edificio, un primer portal de paso y otro segundo que distribuye al resto de las dependencias. Las piezas colindantes con la calle, el cuarto de estar-comedor y la cocina, situados, como sabemos, junto al patio, se ofrecen algo más pobres en su ornamentación y mobiliario. Finalmente, en lo que al piso de arriba respecta, apenas encontramos objetos de decoración en los dormitorios, siendo en todo caso objetos de carácter religioso.

Tanto desde el portal distribuidor central de la casa como desde la cocina se accede al patio, que, aunque en principio pudiera parecer una pieza homogénea, ofrece distintos aspectos a medida que lo atravesamos hacia

el corral. El primer trozo está enlosado y alicatado con azulejos serigrafados hasta media altura. Una pequeña fuente decorativa suele haber en algún costado o en el centro, así como algunos arriates y macetas. En el trozo intermedio, cuyo piso es de tierra y en donde las paredes están encajadas de blanco, hay algunos árboles frutales; al final, en un cobertizo, el corral y la cuadra, pulcramente cuidados, aunque con un aspecto más pobre y sucio que el resto del patio. Una puerta de salida da a la calle posterior de la vivienda, por donde entran y salen los mulos, las basuras y el estiércol.

Por su parte, en lo que a la casa pequeña se refiere, el núcleo central conserva la misma estructura que el modelo de vivienda anterior, estribando la diferencia más significativa en la calidad de los objetos y en el tamaño de las piezas. Difícilmente podría ser de otro modo, toda vez que la organización de la familia es idéntica tanto para el núcleo que habita una como otra vivienda. Pero sí que se pueden observar diferencias entre los dos modelos arquitectónicos en sus espacios colindantes con el exterior: la fachada —más simple en su composición en la casa pequeña— y los ámbitos de recepción. Mientras que éstos aparecen funcionalmente diferenciados en la casa grande, en la pequeña se hacen más difícilmente perceptibles. Es el caso del espacio de entrada, configurado en el primer tipo por el portal, en tanto que en el segundo se reduce al quicio de la puerta y su espacio inmediato; o también del ámbito de contacto con las visitas, que en la casa señorial se reparte, según las circunstancias, entre la sala de estar-comedor de lujo, el despacho, el portal distribuidor, el estar-comedor de diario o la primera parte del patio, mientras que en la casilla consiste en una pieza que integra todas las funciones anteriores, las cuales vienen diferenciadas por la disposición del mobiliario y los objetos decorativos.

Por definición, el discurso retórico no modifica la estructura semántica de la casa; pero sí añade nuevos matices a la misma, confirmando de esta manera los significados implícitos en ella. Redunda en su configuración morfológica y sintáctica con la finalidad de reafirmar su dimensión ética, pues incita y ordena la acción, y la estética, provocando respuestas sensitivas y emotivas alusivas a la identidad de los individuos. Así, la específica disposición de las distintas piezas y elementos arquitectónicos de la casa, mediante la que se está expresando un modo de entender la familia, y que conlleva una serie de comportamientos determinados, se ve reforzada con estos nuevos elementos del lenguaje arquitectónico, explicitando aún más su propio contenido. Las sucesivas piezas, con sus correspondientes puertas, escaleras y pasillos interpuestos, además de reflejar una taxonomía semántica de la familia, determinan al mismo tiempo la liturgia que desarrollan sus miembros en el escenario de la casa. Con sólo observar las posiciones y el uso de las distintas puertas, podemos constatar esta idea. Durante el día, la puerta de la calle, aunque rara vez abierta de par en par, se mantiene entornada y nunca, mientras hay alguien dentro, cerrada. De ello cabe inferir un deseo de apertura hacia el ámbito social, si bien matiza-

do de distinta manera según se trate de una casa de rango alto o bajo. En la primera se accede directamente al primer portal, estando casi siempre cerrada la puerta que da al distribuidor interior, y en la segunda directamente a la sala de estar, aunque resulta significativa la existencia de una cortina adosada a la puerta, que no hace sino insistir en la idea de discontinuidad espacial que ésta denota. La posición que uno y otro tipo de familia mantienen con respecto a la comunidad es, sin duda, distinta: la de más rango guarda mayor distancia que la de menor categoría social. Distancia no solamente reflejada en los umbrales, sino también en las respectivas fachadas, cargada la primera de un mayor lirismo, que hace referencia a las cualidades sociales de las personas que habitan en el interior, a las cuales identifica.

También se ponen de manifiesto otra serie de matices en el discurso general en lo que respecta al costado interior del edificio. Así, en la casa chica se mantiene una menor distancia y diferenciación entre el espacio de la familia y el de los animales que en la señorial. Es más, en tanto que en la casa grande siempre encontramos una puerta trasera, la inexistencia de la misma en muchos de los edificios pequeños obliga al uso de la puerta principal para el paso de los animales. Las personas que habitan este tipo de edificios están, dentro de la escala social, connotadas más estrechamente por el ámbito de lo natural, mientras que las de mayor categoría lo están por el social. A mayor alejamiento del estado de naturaleza, más identidad cultural se adquiere. La categorización social viene expresada, así, en función de la posición relativa dentro de la docotomía naturaleza/cultura. De ahí que las primeras familias que han suprimido el corral y la cuadra de la casa hayan sido las de mayor posición, o también el que, a medida que las posibilidades económicas lo han ido permitiendo, se haya procurado reproducir en todas las casas las características que singularizan a la vivienda señorial. ¿Por qué este deseo de distanciamiento? Quizá encontremos un principio de respuesta en la particular denominación de la salida trasera: «puerta falsa». Tal y como se refleja en el diagrama espacial de la vivienda, lo que dota de humanidad a las personas no es tanto lo que de consustancial con la naturaleza tiene, aunque ya hemos visto que también se reconoce como parte de ella, como su identificación con lo social. Es ésta la que confiere autenticidad y sentido a la persona, por lo que, en consecuencia, a más distancia con la esfera animal, mayor grado de humanidad.

Ahora bien, como predica la tradición judeo-cristiana, lo que hace al hombre ser lo que es no ha de buscarse en su naturaleza animal, ni siquiera en la social, porque a las dos trasciende. Ciertamente que en la casa está representado el espacio en el que convergen la vertiente natural con la social, aquélla en las piezas centrales destinadas a la función de elaboración y consumo de los alimentos, y ésta en las utilizadas para la higiene, el sueño y la sexualidad. Actividades todas ellas que, por participar de la doble dimensión natural y social, encuentran su expresión en los espacios situados

más o menos en el punto intermedio de la casa. Hay, no obstante, una diferencia significativa entre ellos, que viene a corroborar la idea precedente: mientras que, por un lado, el acto de alimentarse se efectúa en el mismo plano en donde se encuentran las esferas animal y social: abajo, por el otro, el acto de dormir, en tanto que línea de separación entre el sueño y la vigilia, y el acto sexual, como nexos entre la concepción y la vida, tienen sus ámbitos de referencia arriba. Tradicionalmente, allí se ha gestado, allí se ha nacido y allí se ha muerto. Aparece, así, otro vértice ordenador e identificador del universo simbólico de la casa, estructurado en base a la dicotomía abajo/arriba. Se está plasmando de este modo en el espacio una forma de entender la separación ontológica entre el cuerpo y el alma, entre lo material y lo espiritual. De ahí que no encontremos otros elementos decorativos en tales estancias que no sean de carácter religioso. La retórica ornamental vuelve a insistir en los contenidos de estos espacios. Difícilmente se verá en ellos plantas, cuadros u objetos de carácter profano, toda vez que distorsionarían una parte importante del significado de los dormitorios.

### III

Aunque la casa constituye en sí misma un texto dotado de expresión propia, obviaríamos, sin embargo, una parte importante de su dimensión semántica si eludiéramos contar con los actores que la habitan, pues también ellos mismos constituyen sistemas de signos<sup>5</sup>. Ausentes éstos, quedamos reducidos a un plano de significación estático, rígido, arquetípico, perdiendo así una gran parte de la riqueza del discurso espacial. Con la observación del uso que los actores hacen de la vivienda, ya sean miembros de la familia como extraños a la misma, podemos acceder a las representaciones espacio-temporales de las transformaciones que, a través de sus comportamientos, éstos configuran.

No hay que registrar muy detalladamente los movimientos que el hombre y la mujer desarrollan desde que se levantan hasta que se acuestan, para constatar la adscripción sexual de los distintos espacios. Mientras que el varón apenas hace acto de presencia en los dormitorios, no siendo sino estrictamente durante el sueño y el aseo, la mujer dedica más tiempo a las dependencias de arriba. Limpia, ordena, se acicala, y en ellas tiene la iconografía religiosa. Toda mujer que practica la oración tiene en su dormitorio el lugar de recogimiento, e incluso he conocido la existencia de un altar en una de las habitaciones colindante a los dormitorios, en la que se ha llegado a decir misa en ciertas ocasiones. La relación que guarda el piso de arriba

<sup>5</sup> Son varios los autores que han trabajado en torno a la proxémica. Sin duda, hay que citar a los pioneros, Birthwistle y E. T. Hall. Pienso, sin embargo, que las aportaciones teóricas más interesantes en este campo se han hecho desde la semiótica.

con la oscuridad es estrecha: las funciones para las que están destinadas son nocturnas, y durante el día, una vez ordenadas, se mantienen en la penumbra. La luz se procura en la planta baja, en donde tienen lugar las actividades cotidianas de la familia. Pero tampoco aquí vamos a ver mucho tiempo al hombre fuera de las horas de comida. Es la mujer la que más presencia tiene, ya en la cocina, ya en el patio, ya en el cuarto de estar-comedor, ya saliendo a la calle. Ahora bien, si ciertamente hay pocas ocasiones en que el matrimonio aparece junto en este escenario, lo que se hace realmente difícil es ver al marido solo estando la mujer en la calle. Generalmente, cuando ambos están en la casa, mientras él está en el despacho —si lo hay—, ella está en la sala de estar-comedor, y si él está presente allí, ella andará por la cocina, por el patio, en las tareas de lavado de ropa, o atendiendo a los animales domésticos. Siempre ella situada más en el interior, el más cercano a la calle.

¿Cómo podemos interpretar esta escenografía a la luz de los planteamientos expuestos hasta aquí? No cabe duda de que toda la trama de desplazamientos y actividades en el espacio forman parte del discurso semiótico de la casa: lo completan. Se trata de un plano más de la gramática espacial: clasifica, ordena y genera significación. Los gestos, los movimientos y la interrelación de los individuos entre sí y respecto de los objetos y el espacio en el que se hallan responde a la estructura significativa del edificio. Se mantiene una correspondencia isomorfa entre la configuración espacial y la familiar, entre las funciones de aquélla y las acciones de ésta, entre el significado de las discontinuidades espaciales y el de los elementos que constituyen la estructura de la familia. Ahora bien, de ninguna manera esta correspondencia es rígida, estática. La arquitectura clasifica significados y organiza comportamientos: ordena la realidad, la semantiza y la expresa; mas no cabe entenderla de manera unívoca, pues sabemos que se trata de un discurso que tiene sentido no en sí mismo, sino en tanto adquiere carácter funcional. Y la manera en que es utilizada la arquitectura es dinámicamente. Dicho de otro modo, los actores no sólo son connotados por los diferentes espacios; aquéllos también confieren significación a éstos, por lo que la estructura semántica de la casa no se completa sino cuando se ponen en relación el plano estático —la arquitectura— y el dinámico —la proxémica—.

En función de los desplazamientos y las actividades de cada sexo dentro de la casa, y del uso que hacen de ellos, respectivamente, cabe inferir la mayor asociación con lo femenino de unos y con lo masculino de otros, significativamente los situados más al interior con la mujer y los exteriores con el hombre. Pues bien, si superponemos este esquema proxémico con el espacial establecido anteriormente, obtendremos una identificación entre lo femenino, lo natural y una menor posición social, por un lado, y lo masculino, lo social y un mayor estatus, por otro. La condición femenina está connotada, así, con significados relativos a la naturaleza biológica del

ser humano, mientras que el hombre lo está con lo social, dicotomía que confiere, a su vez, una posición dominante a éste frente a aquélla. Aunque ambos forman parte del mismo eslabón transicional entre el estado de naturaleza y el de cultura, la mujer está situada en el plano interior y el hombre en el exterior. Este mantiene un lugar privilegiado frente a aquélla, habida cuenta de que es en su esfera —la de la cultura— desde la que se interpreta y ordena la realidad, confiriendo a quienes la ocupan una posición de supremacía. Esto, claro está, en lo que a la clasificación horizontal se refiere. Porque si atendemos al eje vertical de la casa, la mujer aparece identificada con el ámbito superior, mientras que el varón lo está con el de abajo, de modo que lo femenino está asociado con el sueño, con el nacimiento, con la enfermedad, con la religiosidad, o sea, con la dimensión trascendente de la vida, en tanto que lo masculino lo está con lo profano y lo social, es decir, con la realidad intrascendente.

No todos los espacios están, sin embargo, significados siempre del mismo modo. A lo largo de la jornada, los límites semánticos de cada ámbito van siendo marcados en función de los movimientos y actividades de los cónyuges. Mientras que el hombre está durmiendo, la casa se constituye prácticamente en su totalidad en ámbito masculino; cuando el hombre permanece en el estar-comedor o en el despacho, la cocina, el patio y los dormitorios son femeninos; si el hombre está fuera de la casa y la mujer dentro, toda ella pasa a ser de signo femenino. Como ya he dicho, no es la estructura arquitectónica la que genera semanticidad en la casa, pues solamente tiene un carácter denotativo: inevitablemente necesita de la proxémica.

Al igual que todo texto escrito, los contenidos de la casa se ven sometidos a los cambios que se van produciendo en las claves de lectura. Efectivamente, la arquitectura significa en cuanto que funciona, y para que ello sea así ha de responder a una serie de códigos inmediatos: una puerta invita a entrar o impide el paso, y una ventana conecta o separa ámbitos distintos, según estén abiertas o cerradas. Pero más allá de este primer nivel de lectura, encontramos que los contenidos son siempre susceptibles de ser interpretados. Ni el constructor de la casa ni tampoco sus propietarios reproducen exactamente un modelo mental y organizativo en un modelo espacial, o viceversa, por mucho que entre uno y otro se mantiene una fuerte correspondencia isomorfa; de alguna manera se ven obligados a actuar mediante un proceso de paráfrasis. Las desviaciones, aunque siempre obedecen al modelo estructural, son, pues, inevitables, y éstas se ven sometidas a distintas lecturas en función de las diferentes percepciones de cada sujeto social, según se trate de varón o mujer, de joven o viejo, rico o pobre, familiar o extraño, etc. La relación que se mantiene entre los modelos arquitectónico, comportamental y mental no se efectúa en base a correspondencias exactas y unívocas, sino que tienen carácter metafórico<sup>6</sup>, por lo que los significados

<sup>6</sup> J. FERNÁNDEZ, «The mission of methafor in expresive culture», *Current Anthropology*.

pueden sufrir pérdidas, modificaciones o distorsiones de contenido en el proceso de traslación de un plano a otro.

#### IV

Hemos visto reflejada en la vivienda tradicional una forma de organización, una manera de entender la familia y los significados que ésta tiene en el contexto presente. Un esquema cognitivo que, con haber perdurado durante décadas en sus principios fundamentales, no está exento por ello de los cambios que se van produciendo con el paso del tiempo, circunstancia que podemos constatar sin necesidad de remontarnos al pasado, pues en la actualidad coexisten viviendas antiguas con otras que han sido construidas recientemente, siguiendo los cánones más modernos.

Ya he apuntado que la arquitectura de la casa está concebida más desde una perspectiva sincrónica que diacrónica. Su estructura material es prácticamente estática, con espacios bien definidos según las funciones para los que están destinados, rígidamente delimitados por los distintos muros que dividen el interior. Bien es cierto que en las puertas y en los objetos decorativos encontramos elementos móviles, cuyas disposiciones posibles añaden diferentes matices al texto cristalizado de la vivienda, y que a través de la proxémica podemos observar una cierta oscilación de los límites semánticos. Con todo, cada edificio está pensado y diseñado para quienes primeramente lo van a habitar, según los principios que ordenan sus propios esquemas organizativos, los cuales quedan impresos en el espacio.

Sabemos, asimismo, que el cambio generacional se produce en medio de una tensión latente, debida en parte a la contradicción que persiste entre el carácter estático de la estructura de la casa y el carácter dinámico de la sucesión. Pero, además, esta tensión se ve agravada por las diferencias en la escala de valores de cada generación. Si la casa es producto —entre otras cosas— de una manera de concebir lo masculino y lo femenino, lo natural y lo social, lo religioso y lo profano, lo público y lo privado, etc., es decir, si la consideramos como un diagrama en el que se refleja una particular visión de la vida, en la medida en que tales nociones varían, necesariamente han de ir teniendo su plasmación en el espacio arquitectónico. Y, sin embargo, es precisamente la arquitectura una manifestación cultural que no puede responder ágilmente a los cambios ideológicos. Por supuesto, un mínimo de pequeñas modificaciones en la configuración de la vivienda se hace imprescindible de una generación a otra, con el fin de mantener siquiera una mínima sincronía entre los dos planos de significación. Pero no siempre es posible conseguir una adecuación óptima. En tales circunstancias, cuando la idea de familia ha sufrido considerables cambios con respecto a modelos anteriores, y el marco arquitectónico permanece inalterado, caben dos posibilidades: una, buscar una vivienda nueva, cosa que es lo más fre-

cuente cuando no se produce dicha sincronía; la otra, incidir el máximo posible en los espacios mediante la manipulación del lenguaje retórico y proxémico, lo que conlleva necesariamente un proceso de reinterpretación de los códigos de funcionalidad. Pero esto tan sólo es posible cuando las diferencias en el sistema valorativo no son muy evidentes; cuando las divergencias se acentúan, la vivienda tiene que someterse a un proceso de readaptación al cambio ideológico.

Pocas son ya las moradas tradicionales que siguen siendo habitadas tal y como originalmente se concibieron. La mayoría de las casas señoriales han sido divididas en varias viviendas independientes, y las pequeñas van sufriendo algunas transformaciones. Durante los últimos años ha ido desapareciendo el corral, pieza que ha sido transformada en cochera, y el pequeño huerto, convertido en jardín. Las nuevas élites han construido chalets en las afueras del núcleo urbano y el viejo perfil del pueblo se ve roto por los bloques de viviendas. En cuanto a la configuración morfológica de la nueva casa, a grandes rasgos presentan una estructura similar a la tradicional, como no podía ser de otro modo, puesto que la estructura del núcleo familiar se mantiene prácticamente inalterada. Con todo, se han introducido una serie de modificaciones, que reflejan los cambios producidos en los modos de vida y en los esquemas mentales. Innovaciones que, como vamos a ver, han incidido fundamentalmente en los márgenes, tanto materiales como simbólicos, de la casa.

De la desaparición de los animales domésticos de la vivienda cabe inferir, por una parte, la intención de establecer un mayor alejamiento entre las esferas animal y humana y, por otra, una más estrecha identificación entre el hombre y su dimensión social. La dicotomía naturaleza/cultura pierde la fuerza antitética que mantenía en la vivienda tradicional. Aunque el corral y el huerto trasero han desaparecido, no así el patio, si bien éste ha adquirido una mayor apariencia de exterioridad, tal y como indica el suelo enlosado y la presencia de un cierto tipo de mobiliario, habiendo pasado a ser una suerte de espacio de estar y recepción cuando el clima lo permite. Y, reducidas las dimensiones del patio trasero, en muchos casos se ha perdido la «puerta falsa» que antes permitía el trasiego de los animales. En el costado opuesto encontramos una aminoración de la distancia entre el límite de la casa con la calle y las piezas de uso exclusivo de la familia, situadas entre el patio y el cuarto de estar-comedor, en la única planta que hay. El deseo de ocultación que se buscaba para los dormitorios con la interposición de la escalera ha perdido fuerza, modificados los contenidos de nociones tales como el pudor, la honra, la intimidad, la sexualidad o la religiosidad. También ha cambiado la manera de concebir los márgenes entre lo masculino y lo femenino, o el lugar que ocupa la institución familiar dentro de la comunidad. Paradójicamente, a medida que la casa se ha ido exteriorizando en su manifestación arquitectónica, indicio de una progresiva aproximación de la mujer a la esfera social, en lo que a su localización se refiere, la casa ha bus-

cado la privacidad que procura el ajardinamiento de su entorno inmediato, como se puede ver en los chalets de las afueras. En cierta manera, se ha producido un proceso de urbanización del campo. Y, sin embargo, nunca ha estado el hombre tan lejos del ámbito natural, porque ese campo que ahora habita se ha culturizado, ha sido expropiado de su estado original.

Y he aquí otra vez el eje que ordena la estructura de la casa, mas no ya en su configuración sincrónica, sino en una amplia dimensión diacrónica. El modelo arquitectónico va transformándose de una generación a otra, siguiendo una inercia que lo ha llevado desde una concepción de la familia y del hombre íntimamente asociados a lo animal, para pasar a reflejar una mayor aproximación e identificación con la esfera de lo social. La casa ha ido expresando el proceso de transición del estado de naturaleza al de cultura que la tradición occidental propone al ser humano. A medida que se han secularizado las creencias, el ámbito íntimo de la casa se ha ido exteriorizando, perdiendo así parte de su carácter oculto, prohibido, apartado y protegido de todo lo procedente de la calle, del mundo terreno y profano. La idea de trascendencia ha adquirido connotaciones distintas a las que ha tenido el pasado. La vida y la muerte, que tenían en los dormitorios su marco significativo, han pasado a tener su lugar natural en los hospitales, es decir, fuera. La vulgarización del pensamiento científico ha dotado a estos acontecimientos existenciales de significados distintos de los que tuvieran hasta no hace mucho tiempo. Y todo ello se ha visto reflejado en la concepción de la casa. Muchas de las cuestiones que antes eran explicadas en referencia al más allá empiezan a adquirir sentido sin necesidad de extralimitar los rebordes de la experiencia inmediata y del conocimiento racional. Se va generando así un modo de entender la existencia que, escrito con grafías arquitectónicas, intenta representar la realidad materializándola, dándole forma para comprenderla mejor. Como toda escritura, también ésta obedece a una serie de pautas que, elementalmente universales, son, sin embargo, singularmente expresadas en cada contexto cultural; y que, como tal escritura también, no sólo transmite ideas: ella misma, a la vez, conforma esa realidad, y dicta el modo en cómo es ordenada y cómo ha de ser vivida.

## BIBLIOGRAFIA

- BACHELARD, G. (1975): *La poética del espacio*, México, FCE, 2.ª ed.
- BARTHES, R. (1964): «Rhétorique de l'image», *Communications*, 4.
- BOURDIEU, P. (1980): «La maison ou le monde renversé», *Le sens pratique*, París, Editions de Minuit.
- DEL VALLE, T. (1988): *Korrika. Rituales de la lengua en el espacio*, Barcelona, Anthropos.
- DOUGLAS, M. (1973): *Pureza y peligro*, Madrid, Siglo XXI.
- (1979): *Símbolos naturales*, Madrid, Alianza.
- ECO, U. (1981): *La estructura ausente: introducción a la semiótica*, Barcelona, Lumen.
- FERNÁNDEZ, J. (1974): «The mission of metaphor in expressive culture», *Current Anthropology*, vol. 15, núm. 2, junio.
- FERNÁNDEZ DE ROTA Y MONTER, J. A. (1984): *Antropología de un viejo pasisaje gallego*, Madrid, CIS/Siglo XXI.
- FISCHER, G. N. (1981): *La psychosociologie de l'espace*, París, PUF.
- GARCÍA, J. L. (1976): *Antropología del Territorio*, Madrid, Taller de Ediciones J. B.
- GEERTZ, C. (1987): *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa.
- GENNEP, A. (1981): *Les Rites de Passage*, París, Picard.
- GREIMAS, A. J. (1981): *Semantique structurale*, París, Larousse.
- GREIMAS, A. J., y COURTES, J. (1982): *Semiótica*, Madrid, Gredos.
- HALL, E. T. (1973): *La dimensión oculta. Enfoque antropológico del espacio*, Madrid, Nuevo Urbanismo.
- LÉVI-STRAUSS, C. (1973): *Antropología estructural*, I, Buenos Aires, Eudeba.
- (1964): *El pensamiento salvaje*, México, FCE.
- LYNCH, K. (1969): *L'image de la cité*, París, Dunod.
- MARC, O. (1972): *Psychoanalyse de la maison*, París, Seuil.
- PAUL-LEVY y SEGAUD, M. (1983): *Anthropologie de l'espace*, París, CGP.
- RAPOPORT, A. (1972): *Pour une anthropologie de la maison*, París, Dunot.
- RYKWERT, J. (1985): *La idea de la ciudad. Antropología de la forma urbana en el mundo antiguo*, Madrid, Hermann Blume.
- RODRÍGUEZ BECERRA, S. (1973): *Etnografía de la vivienda. El aljarafe de Sevilla*, Sevilla, Publicaciones del Seminario de Antropología Americana.
- SÁNCHEZ PÉREZ, F. (1990): *La liturgia del espacio*, Madrid, Nerea.
- «Semiologie de l'espace», número especial de la revista *Communications*, París, Seuil, 1977.
- TURNER, V. (1980): *La selva de los símbolos*, Madrid, Siglo XXI.